

Algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

La estrella de Añil

Hilary
McKay



Capítulo 1

Por primera vez en la vida, Añil Casson había estado enfermo de verdad. Tenía gripe y, en vez de ir a menos, cada vez fue a más y se convirtió en mononucleosis.

—¿Mononucleosis? —preguntaron sus incrédulos compañeros de clase—. ¿No será que está muerto de miedo?

En el fondo de sus pensamientos, Añil se hacía la misma pregunta. Sin embargo, sí que se trataba de mononucleosis. De hecho, se puso muy enfermo y con bastante rapidez. Incluso en los momentos más duros de su enfermedad, una parte de Añil suspiraba de alivio. Una parte de él pensaba: «¡Uf!».

Al principio, era bastante emocionante para su familia tener al niño tan enfermo. Cualquiera que le preguntara a algún Casson «¿cómo está Añil?» recibía una respuesta muy larga. Una respuesta larguísima, con montones de detalles que la mayoría de la gente prefería no saber.

Afortunadamente, esta etapa no duró demasiado. La enfermedad de Añil dejó de ser noticia y pasó a ser una realidad cotidiana. Cuando la gente preguntaba «¿cómo está Añil?», su familia respondía «bien», y hablaban de cosas más interesantes. Esto no se debía a que no se preocuparan por él, sino a que sencillamente no había nada nuevo que decir. De todas formas, en comparación con

cómo había estado, Añil se encontraba bien. Podía volver a subir y bajar las escaleras. Podía comer. Había dejado de desmayarse. Estaba bien.

Mientras tanto, Añil se perdió un trimestre entero de escuela y dio un gran estirón. Pasó mucho tiempo a solas. La casa estaba muy tranquila durante el día. Cad, su hermana mayor, estaba en la universidad. Rosa, que tenía ocho años, y Azafrán, su hermana adoptada, estaban en la escuela. Su padre y su madre, ambos artistas, estaban ocupados trabajando, su padre en Londres y su madre en el cobertizo del fondo del jardín. Fue una época de tranquilidad, pero a veces le causaba una sensación rara a Añil. Como si, por estar solo, fuera invisible. En una ocasión, se miró en el espejo, sonrió y se dijo: «Sigues ahí, ¿eh?».

Algunos días, Azafrán le traía deberes de la escuela. Otras veces, leía libros o veía la tele. Aún así, había horas y más horas, sobre todo cuando empezaba a encontrarse mejor, en las que lo único que hacía Añil era tumbarse en la cama y mirar el cielo con ojos soñadores. Le gustaban especialmente los días claros, en los que los aviones surcaban el cielo, desplegando tras de sí estelas blancas semejantes a estandartes. Añil los imaginaba llenos de gente que no conocía y que viajaba a lugares que él nunca había visto. Aun cuando los aviones estaban fuera del alcance de la vista, la blanca estela llevaba el cómputo de sus viajes a través del cielo.

Añil pensó que hasta caer enfermo él también había hecho un viaje. No un viaje en avión, pero aún así podía

considerarse un viaje. Había viajado a través de los días, las semanas y los años del tiempo.

Últimamente, el viaje de Añil se había convertido en un trayecto bastante desagradable.

Fue Rosa quien puso punto final a los momentos de tranquila invisibilidad de Añil. Rosa tenía la costumbre de abalanzarse sobre el teléfono nada más oír el primer tono. Un día se abalanzó y era su padre, Bill Casson, que llamaba desde Londres. Muy lejos, en su impecable estudio, Bill Casson oyó una serie de golpes. Pum, pum, pum y, por último, catapum.

—¿Qué narices es eso? —preguntó, y Rosa respondió:

—Es Añil.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se ha hecho daño?

—Es que bajaba las escaleras a saltos.

—¿Cómo que bajaba las escaleras a saltos?

—Sí.

—¿A saltos?

—Que sí.

—Entonces es porque se encuentra mejor —dijo Bill.

Más tarde, cuando Rosa contó esta conversación, todo el mundo miró a Añil. Era cierto. Estaba mejor. Sin que nadie se hubiera dado cuenta, sin que ni él mismo lo hubiera notado, se había puesto bueno otra vez. El viaje a través de los días, las semanas y los años del

tiempo estaba a punto de empezar de nuevo. Añil casi no recordaba hacia dónde se había estado dirigiendo en aquellos días lejanos, cuando medía quince centímetros menos, antes de caer enfermo.

Eve, la madre de Añil, dijo muy contenta:

—Añil, cielo, ¡ya estás mejor! ¡Ahora podrás volver a la escuela!

—Sí —respondió Añil.

—¡Pues yo todavía le veo muy mala cara! —gritó Rosa, y todo el mundo se rió.

Rosa era la única de toda la familia que sabía lo que debía de significar para Añil volver al colegio. Azafrán se lo imaginaba, pero Rosa lo sabía todo o, al menos, pensaba que lo sabía. Había un niño en su clase que tenía un hermano en la escuela de Añil. Hacía mucho tiempo, este niño le había contado a Rosa lo que representaba el colegio para él.

Justo antes de que se pusiera enfermo, Rosa le había soltado a su hermano lo que sabía. Añil le había dicho enfadado:

—¡Nada de eso es verdad! ¡No tendrías que hacer caso de esas mentiras!

Rosa estaba muy dolida. Añil nunca se había enfadado con ella. Tampoco le había mentido nunca, y la niña sabía que entonces le estaba mintiendo. No volvió a mencionarlo, pero pensaba en ello a menudo.

Entonces Rosa, que se sentía culpable, le dijo a Añil:

—No tendrías que volver si yo no le hubiera dicho a papá que bajabas las escaleras a saltos.

Añil se rió.

—Ponte las gafas, Rosa —dijo para que su hermana pensara en otra cosa.

Era domingo por la tarde y la familia de Rosa se había pasado todo el fin de semana intentando que se pusiera las gafas. En aquel momento, como se sentía tan culpable por el hecho de que Añil volviera a la escuela, fue a cogerlas. Se las puso delante de todo el mundo: Cad (que había venido para el fin de semana), Añil, Azafrán y Sarah, la mejor amiga de Azafrán, que pasaba tanto tiempo en casa de los Casson que era como una más de la familia.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Rosa.

—Estás bien —dijo Añil.

—Sólo preguntaba. No me importa.

—Molan mucho las gafas —dijo Cad.

—Y te hacen mayor —dijo Azafrán.

—No estás nada mal —añadió Sarah, aportando su granito de arena—. ¡Muy mona!

—¡Mona! —repitió Rosa asqueada—. ¡Mona yo, dice!

Era la primera vez que Rosa llevaba gafas y, al no estar acostumbrada a ellas, empezaron a jugarle malas pasadas. Dio un paso adelante y tropezó con un trozo de aire. Se quedó quieta y el mundo se precipitó hacia ella. Al levantar los brazos para protegerse, golpeó a Sarah en la cara.

—¡Vale! ¡Siento haberte dicho mona! —exclamó Sarah, haciendo girar su silla de ruedas al tiempo que Rosa

empezaba a caminar a tientas por la cocina—. ¡Quería decir guapísima! ¡Increíble! ¡Inteligente! Brillante... ¡Abre los ojos, Rosa!

—¡Lo paso fatal con los ojos abiertos!

—Tú no necesitas gafas —dijo Azafrán—. Lo que necesitas es un radar.

—¡Papá tiene la culpa! —dijo Rosa, enfadada.

Fue el padre de Rosa quien había descubierto que la niña necesitaba gafas, y en su última visita a casa la había llevado a la óptica y las había encargado él mismo. También las había elegido él, sin ninguna ayuda por parte de Rosa, que se pasó todo el rato de morros.

—¡Veo demasiado! —se quejó, quitándose las gafas—. ¡Seguro que se han equivocado! ¡Así veo mejor!

—Tienes que acostumbrarte a ellas —dijo Sarah—. Te pasará lo mismo que a mí con la silla de ruedas nueva. Chocaba con todo el mundo cada dos por tres.

—¡Y sigues haciéndolo! —dijeron a la vez Azafrán, Cad y Añil.

—Casi nunca. Sólo cuando es necesario.

—Ven aquí —le dijo Cad a Rosa, y la condujo a través de la habitación—. ¡Póntelas otra vez! ¡Eso es! ¡Mira!

Rosa miró y se encontró ante una niña muy fea, que la miraba por una ventana pequeña y luminosa que había aparecido de repente en la pared de la cocina.

—¿Ves cómo molan mucho? —dijo Cad.

Entonces la mente de Rosa dio una voltereta, igual que una lenta pirueta en el cielo, y la niña de la ventana se convirtió en su propia cara reflejada en el espejo de la cocina.

–¡Ay! –exclamó, indignada–. ¡Qué fea! ¡Qué fea!
¡Papá!

–Pero si tú no eres así en la vida real –se apresuró a decir Añil.

–¡Seguro que sí!

–No lo eres. Nadie se refleja en los espejos tal y como es. Te lo mostraré... –Añil se puso al lado de Rosa para verse también reflejado–. Venga, ¿parezco yo?

–Pues sí.

–¡Qué dices!

–Que sí.

–Ven al jardín y pruébatelas allí –dijo Añil.

Rosa se animó mientras seguía a su hermano afuera. Era de noche. Soplaban un viento frío de primavera y los días ventosos siempre le hacían perder un poco la chaveta. Además, era tranquilizador ver que, aun con las gafas nuevas puestas, el jardín parecía ser el mismo de siempre: vacío, descuidado y lleno de hierba sin cortar. Dio un suspiro de alivio.

–Esta noche hay muchas estrellas –comentó Añil.

El niño tenía una vista perfecta. Le quedaba poco para cumplir trece años y conocía las estrellas desde hacía tiempo, pero aun así tuvo que admitir:

–¡Ostras! ¡Nunca he visto tantas!

Rosa tenía el tipo de ojos que ven a la perfección desde cerca, pero que desde lejos lo ven todo borroso. Por esta razón, hasta las estrellas más brillantes le parecían

simples manchas plateadas en medio de la oscuridad. En toda su vida, Rosa nunca había visto una estrella como es debido.

Esa noche, el cielo estaba lleno de ellas.

Rosa miró hacia arriba y fue como entrar en una habitación oscura y que alguien encendiera el universo.

Las estrellas se abalanzaron sobre ella con la furia de un vendaval. La niña se tambaleó de la impresión y durante un tiempo se quedó sin palabras, alucinada por las estrellas.

Al cabo de un rato, Añil sacó la alfombra de la chimenea para que su hermana pudiera tumbarse sobre el césped. Más tarde, Cad trajo mantas. Azafrán, que había acompañado a Sarah a casa, salió al jardín nada más volver y dijo:

–Pero si has visto fotos de las estrellas, Rosa. ¡Tienes que haber sabido desde siempre que estaban ahí!

–Pues no lo sabía –respondió Rosa.

Transcurrió más tiempo.

–Forman dibujos, ¿no?

–Sí –contestó Añil.

–Las hay que se mueven.

–Eso son aviones que atraviesan el cielo.

Aún más tarde, Rosa dijo:

–Estamos nosotros. Y además las estrellas. Nada en medio. Excepto el espacio.

–Así es.

–¿Añil?

–¿Mmmm?

–¿No tienes miedo de volver al colegio mañana?

Rosa y Añil eran los dos más pequeños de la familia Casson. Azafrán tenía catorce años, y Cad, la mayor, tenía diecinueve. Cad había ido a casa ese fin de semana en parte por Añil, pues tenía que volver a la escuela, y en parte en honor a las gafas nuevas de Rosa. Cad volvía a casa a menudo, a diferencia del padre de los niños. Éste prefería su estudio de Londres, donde llevaba una vida de artista respetable, sin la carga que representa una familia.

–Viene a casa los fines de semana –dijo la madre de Rosa.

–No, no es cierto –replicó Rosa.

–Casi todos los fines de semana, cuando encuentra un hueco.

–Una sola vez desde Navidad.

–Bueno, papá tiene que trabajar mucho, cariño.

–Y tú también.

–Pero papá es un artista de verdad –replicó Eve, que era como siempre les había explicado a los niños la diferencia entre ella y Bill–. Un artista de verdad. Y, como tal, necesita paz y tranquilidad... De todas formas...

–De todas formas, ¿qué?

Eve le dio a Rosa un abrazo pegajoso de pintura y dijo que había olvidado lo que iba a decir.

Eve no tenía estudio, pero no le importaba. Estaba la mar de contenta en el cobertizo del jardín, con el viejo sofá rosa, la mesa de cocina que le habían regalado y varias lámparas y estufas que desprendían aterradoras llamas azules. Allí pintaba cuadros de cualquier cosa que pudiera vender. Se le daban muy bien las mascotas y los niños. La gente le daba fotografías y, a partir de ellas, Eve creaba retratos asombrosos. Pinturas angelicales y radiantes de mascotas que parecían humanas e inteligentes (como niños), y de niños que parecían nostálgicos y cautivadores (como mascotas). Algunas familias estaban empezando a reunir colecciones enteras.

—Cariño, no se puede decir que esto sea Arte, ¿verdad? —había comentado Bill en tono reprobatorio en su última visita a casa. Estaba mirando un cuadro particularmente radiante titulado *Pontus, Adam y Katie*—. ¿Y tú que piensas, Rosa?

Rosa, que también era artista y tenía una opinión propia sobre los retratos de su madre (súper feos, especialmente *Pontus, Adam y Katie*, que parecía que estuvieran flotando entre nubes de color pastel), dijo que las pinturas de su madre eran geniales, mucho mejores que sus horribles cuadros.

El padre de Rosa odiaba las escenas.

—¡Por supuesto que son mucho mejores que mis horribles cuadros! ¿No eres un poco dura, Rosita? —dijo, tras sonreír.

Después le hizo cosquillas en el cuello y fingió no darse cuenta de que casi se lleva un mordisco en la mano.

Rosa no fue nada dura la noche en que Añil y ella estaban tumbados al viento del jardín mirando las estrellas.

–Quizá todo sea diferente este trimestre. Irá mejor –dijo.

–Sí. Irá bien.

–En mi escuela nadie acosa a nadie. Si estás muy enfadado con alguien, le cambias el abrigo de percha. O dices: «¡Elo, elo, elo! ¡Tienes bichos en el pelo!», si estás muy, pero que muy enfadado.

–¿Alguna vez te han dicho eso a ti?

–No. Pero si lo hicieran, yo cruzaría los dedos. Si cruzas los dedos, rebota, así que los bichos los cogen ellos.

–¿Mmmm?

–No todo el mundo lo sabe.

Añil se echó a reír.

Una estrella fugaz cayó como una esquirla de cristal, dibujando una curva plateada por el cielo.

–¡Pide un deseo! –dijo Añil.

Rosa pidió un deseo y después preguntó:

–¿Por qué?

–Es lo que yo hago siempre. Pedir un deseo con las que se mueven.

–¿Importa lo rápido que se muevan?

–No creo.

–¿Y también se puede pedir un deseo cuando ves un avión?

–Claro que sí.

Rosa pidió un deseo por cada avión hasta que casi se quedó dormida, y al cabo de un momento su madre estaba en la puerta gritando:

–Rosa, Añil, ¡entrad antes de quedaros congelados!

Y después se hizo la hora de dormir y después se hizo de día.